

BELÉN VARELA

El cielo de los imperfectos



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Belén Varela Romero, 2024. Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-96-0

Depósito legal: M. 1094-2024

Printed in Spain

*A mi marido, Julio, por su admirable paciencia conmigo.
Y a los demás hombres buenos*

PARTE I

Ninguna historia se crea en un solo momento, pero hay momentos que nutren por sí solos las historias.

Capítulo I

Un pequeño incidente

Los ritos funerarios se practicarán sobre cada sepultura de conformidad con lo dispuesto por el difunto o con lo que la familia determine.

Artículo 2 de la Ley de Enterramientos en Cementerios Municipales

Un nicho hueco de vida, un montón de vidas huecas y un gesto. Un absurdo, espontáneo e impulsivo movimiento de mi dedo corazón. Un aspaviento sin importancia. El primer indicio de una tormenta perfecta. Mi propia ciclogénesis explosiva. No la vi venir.

Confieso que conducir en ciudad sacaba lo peor de mí. En mi jaula sobre ruedas, secuestrada por el asfalto, me dejaba llevar como jamás lo hacía en ningún otro lugar. Aquel día, el tiempo se me había precipitado encima. Para mi frenética marcha fue solo un segundo y, sin embargo, llevaba un retraso de más de media hora. Gobernada por la cordura de mi puntualidad, me volví completamente loca.

Aparqué el coche de cualquier manera y entré a deshora. Al traspasar la enorme puerta de hierro que daba paso al camposanto dejé de rumiar mi remordimiento, estremecida por la imponente visión que tenía ante mí:

un jardín de árboles y sepulturas. Un cementerio es una extraña contradicción.

Caminé con pasos apurados por la vía central, poblada de pequeñas e incómodas piedras que empolvaban la suela roja de mis zapatos. Entré en la capilla proyectando con mi cuerpo una enorme e indiscreta sombra. El sol del atardecer delataba mi retraso. Avancé por una nave lateral, deslizando mis pasos lentos sobre las puntas para no hacer ruido, y me senté discretamente al lado de Elisa. Tomé su mano, helada, y le pedí disculpas con la mirada. Siempre tan delgada, en ese marco se me antojaba transparente. Piel de mármol envuelta en punto de seda negro. Su cintura de muñeca, ceñida en cuero, y una hebilla en forma de T, seguramente Tod's. Las manoleínas, que achatrían cualquier figura, daban a la suya un porte casi místico de *prima ballerina*. Ni en las peores circunstancias perdía mi amiga su delicadeza.

El funeral comenzó enseguida y al ponernos de pie sentí su tristeza en mi propia carne. Y lo vi. Sentado unos bancos más atrás, cruzando el pasillo central. Apreté la mano de Elisa y me centré. Había perdido a sus dos progenitores en menos de doce meses.

—¡Auu! Me haces daño.

Murmuré un perdón. Estaba dispuesta a no despegarme de ella ni un minuto.

La sujeté por el brazo mientras caminábamos tras el féretro hacia el panteón. Camelios abarrotados de flores. Luctuosos cipreses. Demasiada gente para un momento tan íntimo como enterrar el último vestigio de sus raíces. Aunque a Elisa siempre le había pesado el ambiente basto

y tosco de su casa, la muerte es la muerte. Es el choque definitivo. El golpe de ordinariez que te recuerda cuál es tu sangre. Aunque esté seca.

Adán saludaba a diestro y siniestro con un gesto de falso pésame en los labios, sintiéndose la estrella del evento. El entierro de su suegra, al servicio de su propia telaraña. Me sacaba de quicio.

Al acercarnos al monumento, observé la arrogante imagen que ofrecía. Una capilla neoclásica coronada con una bóveda desproporcionada. Pretenciosa. Dos ángeles de piedra flanqueaban una entrada desangelada. Pompa inútil. Adán y Elisa habían comprado aquel mausoleo a la arruinada tercera generación de un industrial de la conserva. En mi opinión, un gasto rocambolesco para un acontecimiento tan simple como la muerte. Pero en aquel momento yo ya casi no tenía vela en ningún entierro —en este caso, literalmente— de mi compañera de juegos. Adán persuadía, o más bien manipulaba a su antojo, a Elisa. Él siempre había considerado que el cementerio de nuestra aldea tenía poca clase. Para Adán, nada tenía nunca suficiente clase.

Percibí el temblor de Elisa cuando comenzaron a cubrir la caja con inmensas coronas de flores y me giré ligeramente para envolver su espalda con mi brazo. Horror. No daba crédito a lo que veían mis ojos. Traté de ocultarme sin disimulo.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada. Tápame —susurré.

Elisa pareció despertar de su encantamiento y se giró hacia mí bruscamente para recriminar mi extraña postura.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—¿Quién es aquel señor? El que va con una Barbie rubia de frasco carrasco. —Señalé hacia un hombre de cierta envergadura, un trapecio, acompañado de una línea recta y larguirucha.

—¿Hasta en el entierro de mi madre me vas a hacer reír? —me riñó y rio silenciosamente con los ojos, tratando de enderezarme. Pero me duró poco el escondite: el hombre se dirigía hacia nosotras con paso decidido.

—Necesito hacer pis. Ahora vuelvo —me excusé escapando en dirección al edificio de servicios del cementerio.

Alargué mi estancia en los baños todo lo que pude, calculando el tiempo suficiente para una conversación de condolencias. El camino estaría ya sobradamente despejado. Me acerqué de nuevo a mi amiga exhibiendo mi embarazo con el fin de hacerme un hueco en *priority*. Derrapé a tiempo. Otra vez él..., y ahora también ella, la Barbie.

Me escabullí de nuevo entre la multitud y me situé estratégicamente de espaldas, simulando leer las losas de todas las tumbas que tenía a la vista: Familia Rubinos Conde. Familia Conde Maceiras. D. Enrique Maceiras 1917-1992. Muchos años, pensé y calculé. Setenta y cinco. No era tan mayor.

Por el rabillo del ojo, a mi izquierda, percibí una sombra. Y lo era. Una mujer con sus huesos vestidos de negro se doblaba sobre sí misma tratando de alcanzar algo en el suelo. Una frágil línea a punto de quebrarse. Me acerqué a ella con el sigilo que la situación me sugería. Me agaché

a recoger el pequeño violetero que se le había escurrido entre las rendijas de un desagüe. Intenté atraparlo con dos dedos; inalcanzable. Traté de enderezarlo con un bolígrafo; se escapaba del frágil sostén en cuanto se me ponía al alcance. Todo resultaba inútil y mis lumbares protestaban por la postura. La mujer solo me miraba. No parecía disponer de fuerzas siquiera para pedirme que desistiese. Me puse de pie con el fin de recuperar el aliento y me agaché de nuevo, esta vez con una rodilla en el suelo y la otra flexionada, dejando espacio a mi barriga y libertad a mi mano derecha. La puntera de mi zapato emitió un sospechoso quejido y la rodilla del pantalón, empolvada, se unió a la indignación; preferí no escucharlas. Levanté el desagüe, saqué el estrecho jarrón y se lo entregué a su dueña, que sonrió con dulzura envuelta en un halo de gratitud. Mientras yo abría el bolso para buscar un pañuelo con el que limpiar mis dedos de barro, ella colocó una rosa blanca, vertió un poco de agua de una botella y encajó el florero en el hueco de una fría losa, también blanca. Observé el resultado. Rosa blanca. Losa blanca. Solo una letra entre la vida y la muerte. Leí las fechas de la lápida y me estremecí en un escalofrío punzante y doloroso. Sentí el impulso de acariciar mi barriga.

—Es el entierro de alguien importante, ¿verdad?
—susurró.

—Supongo que todos somos importantes —respondí, pensando en su doloroso duelo.

La mujer me observó de arriba abajo y yo acompañé el movimiento de sus ojos: la puntera de mi zapato rozada

de barro, mi pantalón manchado a la altura de la rodilla, mi camisa holgada sobre una barriga prominente, mis pechos abultados, la medalla en mi escote, mi mentón. Fijó en la mía su mirada intensa y dulce, y me abrazó con su levedad de humo, entregándome todo el cariño que le faltaba. Estando allí, no estaba. Sombra de sí misma.

—Tú no perteneces a ese mundo. Cuídate de ellos.

Observé mi *blazer* de Prada, mi camisa de popelina holgada de Boüret, la inicial de Alockata en el pecho, mis Louboutin... No quise saber a qué se refería. Sacudí el barro del pantalón. Me retoqué el pelo y avancé de medio lado hacia el grupo para no perderla de vista. Embobada. Llegué a olvidar por qué me hallaba en el cementerio. No sé cuánto duró esa ausencia, solo cómo salí de ella.

—¡Ya la he encontrado! —anunció Elisa. Su marmórea mano tocó mi hombro y, con una fuerza desproporcionada para su ligera figura, consiguió situarme frente al enemigo y su energía—. ¿Qué haces rezando a la familia Maceiras? ¿Estás bien?

«Indescriptible», pensé, pero no dije nada. Si hubiese encontrado el menor resquicio entre las losas de piedra de aquel húmedo sitio, me habría dejado tragar por la tierra muy gustosamente.

—Quiero presentarte a Gonzalo Sedano y a su mujer, Natalia. Adán ya te ha hablado de ellos —dijo colgada del brazo de Sedano. No me parecía el lugar ni el momento para introducirme a un cliente del despacho—. Si se reconoce a un gran abogado cuando acude poco a los juzgados, te presento a la mejor profesional de España.

Prevé hasta el más mínimo detalle para que tú duermas tranquilo. Entre nosotros —fingió confidencialidad—, este año la van a ascender a socia.

«No será sin tiempo», hablé para mi conciencia. Sonreí.

La mujer no resultó ser ni tan Barbie ni tan joven, vista de cerca. Más bien una persona que se cuidaba sin abusar. Como mucho, una Nancy.

—Adán dice que para ser un buen profesional de la abogacía es necesario ser un tiburón —rompió el hielo Sedano, alargando la mano en un saludo cálido y amable.

—Dejaré que lo averigüe por sí mismo. Es un placer conocerles —mentí. Pero su mujer adelantó las mejillas y me ofreció un desconcertante abrazo. Parecía un perdón sincero y espontáneo.

—Elisa nos ha propuesto que comamos juntos un día de estos. Espero que sea pronto —respondió Sedano mirando hacia mi prominente barriga. Su reconfortante sonrisa transformó a mi supuesto enemigo en una persona encantadora.

—Si lo dice por esto —señalé mi tripa—, aún tenemos tiempo, me faltan todavía un par de meses para dar a luz.

—Es su tercer hijo, no debes preocuparte —interrumpió Elisa sin dejarme continuar—. En sus embarazos anteriores siempre se reincorporó antes de las seis semanas de rigor. ¡Es una incorregible *workaholic*! Dedicamos nosotros más tiempo a Nadia cuando la adoptamos que ella a sus dos hijos juntos. Estuvimos tantos meses en Rusia que se convirtió en una gestación completa. Y luego, todos los momentos que dedicamos a su adaptación. ¿Re-

cuerdas? —enfaticó mirándome—. Quisimos pasar con ella las primeras semanas. ¡Son tan importantes en la educación de los niños!

Ni que le hubiesen dado cuerda. Elisa prosiguió con una perorata sin tregua que, aunque me vino al pelo para distraer la atención, resultaba muy poco adecuada. Siempre habíamos oído aquello de que era más valiosa la calidad que la cantidad de tiempo que se invierte en la crianza y, sin embargo, en su monólogo se evidenciaba un reproche a mi forma de actuar. Definitivamente inoportuna. Había acudido allí para consolarla. No para conocer a un cliente. Ni para escuchar lo buena madre que ella era. O lo mala madre que era yo.

Sedano y la Nancy consiguieron huir indemnes con la disculpa de no recuerdo qué compromiso. Yo seguí acompañando a Elisa en el largo rato de pésames y trivialidades de buena urbanidad. Aquello parecía un cóctel en el club social. Centenares de clientes y otros compromisos. Adán, mientras tanto, se dispersaba entre los grupos más alejados del panteón.

Cuando estábamos a punto de marcharnos, Elisa me enganchó de nuevo con más fuerza que antes para iniciar un interrogatorio.

—¿Por qué te escondías de Gonzalo Sedano?

—Digamos que no he quedado muy bien con él —tutubeé en mi respuesta—. Le hice un gesto feo en el aparcamiento.

—¿Tú? —se asombró Elisa, dejando ver sus ojos atónitos bajo unas gafas de sol Chopard al más puro estilo *De-sayuno con diamantes*. Estaba favorecida.

—Me sacó de mis casillas —me expliqué—. Llevaba más de cinco vueltas para aparcar cuando le vi dejar algo en el asiento trasero y cerrar la puerta del copiloto. ¡Parecía que se iba!

—¿Y por eso lo insultaste?

—No lo insulté. Solo levanté el dedo corazón. Corazón..., amor... ¡Le mandé amor!

—¡Dios mío, has quedado de pena porque te quitó el aparcamiento!

—No fue solo por el aparcamiento, sino por su manera de burlarse de mí. Yo le miré esperanzada, con el entusiasmo y el alivio de encontrar un hueco después de tantas vueltas. Y él me hizo un gesto de no con el dedo índice. Un no del tipo ¡NOOOOOO! Parecía decir: ¿ESTÁS LOCA? ¡AQUÍ NO HAY APARCAMIENTO PARA BARRIGONAS CON EL COCHE SUCIO!

—Estás como una cafetera. Creo que últimamente te desquicias demasiado. Serán las hormonas. Tómate algo para dormir. Ah, no puedes, claro. Pues al menos una tila, porque estás neurótica perdida.

—Por cierto, no ha venido Joaquín, o al menos yo no lo he visto.

—¡Ajá! Por eso te veo tan nerviosita, ¿eh? Querías encontrarte aquí con tu *crush*... —insinuó Elisa—. Pues ha venido al velatorio. Ha estado un rato, pero tenía que irse a casa porque su mujer está embarazada y necesita mimarla.

—¡Vaya! ¿Paula puede tener hijos?

—¿Por qué no iba a poder?

—¿No recuerdas que nos habló de una endometriosis complicada, entre otras intimidades que no debería haber relatado en la cena de Navidad? Tú le ofreciste lo de las adopciones a través de la fundación y...

Elisa me interrumpió y despachó mi extrañeza cogiéndome del brazo y recordándome cómo contrastaba la vulgaridad de esa chica con la exquisitez de Joaquín. Aunque había que reconocer que era una auténtica belleza. Y entre otra docena de pésames se disolvió mi perplejidad.

Durante el regreso a casa, la luna expresó su displicencia con una sonrisa fina y oblicua. Solo faltaría que, por ese ridículo incidente del aparcamiento, me dejasen otra vez sin ascenso. Pero, de toda la colección de sucesos de la jornada, mi cerebro se quedó enganchado a una única idea: dedicaba poco tiempo a mis peques. Y tampoco podía alegar que los ratos que pasaba con Alicia y con Lucas fuesen de gran calidad, porque siempre estaba cansada.

Subí las escaleras del edificio de mi casa a pie. Repetando, más bien. Me pesaba la vida, pero era un propósito que cumplía estrictamente desde que había dejado el gimnasio. Por supuesto, los pequeños ya dormían cuando entré. Aunque Alicia siempre mostraba la voluntad de quedarse despierta hasta que yo volviese, rara vez lo conseguía.

Aquella noche repartí el reconcomio de la vigilia entre dos angustias, la de no haber llegado pronto a casa y la del estúpido gesto del cementerio. No me gustaba decepcionar a mi hija. No soportaba perder el control.

Solo faltaría que por un mínimo arranque de genio se fastidiase un ascenso que llevaba injustamente diferido más de seis años. Y aquella mujer sombra... «Claro que pertenezco a ese mundo y nadie va a dejarme fuera». Mi merecido y postergado derecho a ser socia no podía cuestionarse. No iba a consentirlo. Esta vez no.

En un incómodo duermevela, ensayé infinitas veces la conversación que mantendría con Gonzalo Sedano para excusar mi comportamiento. Si me dice esto..., si me dice aquello... Y entre diálogo y diálogo figurados aparecía Alicia con gesto de reprobación, obligándome a diseñar la disculpa que le daría.

Solo la lucidez de la mañana me permitiría concluir que la mejor excusa es la que no damos.